

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA AL HILO DE LA OBRA DE
S. AGUSTÍN, *LA CATEQUESIS A LOS PRINCIPIANTES*

Lección 4:

DISPOSICIONES DEL CATEQUIZANDO

I. RECAPITULACIÓN DE LAS CLASES ANTERIORES

Primera Clase

La Catequesis a los Principiantes va dirigida a Deogracias, un diácono de Cartago que había solicitado a Agustín la exposición de algunos «preceptos y normas para que su discurso a los catecúmenos fuera eficaz y fecundo»¹.

¿Cómo llega a ser fecunda la catequesis? San Agustín insiste: la fecundidad de la catequesis está en la caridad del que da con alegría, que tiende a superar la mera enseñanza y transforma la instrucción cristiana en «comunidad viva en la que, por voluntad consciente del que enseña y del que aprende, se realiza el más elevado proceso de ascensión humana»².

Ante las diversas dificultades de Deogracias, S. Agustín viene a decir que lo difícil no es establecer qué cosas, objeto de nuestra fe, debemos exponer, ni por dónde debemos empezar y por dónde terminar. Ni cuándo debemos extendernos y cuándo debemos abreviar. Lo realmente difícil es no caer en el tedio, o mejor, ofrecer nuestro servicio con alegría. Esto es lo primero que debemos buscar:

¹ JOSÉ OROZ RETA, *San Agustín. De Catechizandis Rudibus* (BAC 499; Madrid 1988) 429

² *Ibid.*, 436

Lo que siempre hemos de cuidar sobre todo es ver qué medios se han de emplear para que el catequista lo haga siempre con alegría, pues cuanto más alegre esté más agradable resultará... Pero el que esta alegría aparezca en el momento oportuno corresponde a la misericordia de aquel que nos ordena la generosidad³.

Segunda Clase (Números 5 y 6 de *La Catequesis de los Principiantes*).

1. Los fundamentos de la exposición y la transmisión de la fe

Los fundamentos de la catequesis son los hechos más importantes de la historia sagrada, la historia donde Dios se nos ha revelado.

Si olvidamos los hechos y las palabras con los cuales Dios se ha revelado de forma positiva y concreta en la historia, corremos el peligro de olvidarnos de la luz del Evangelio y volvernos a la oscuridad del mundo pagano, para tener que buscar a Dios a tientas, con pies y manos.

La fe no es una mera búsqueda humana, mero sentimiento o mera tendencia del espíritu humano, sino una respuesta a la revelación de Dios. Y justamente por eso, la fe es eficaz: eficaz para darnos un conocimiento cierto de Dios y eficaz para darnos una comunión real con Dios.

Por ese motivo, la transmisión de la fe, la exposición de la fe, tiene sus fundamentos en los hechos más importantes de la historia sagrada.

Al hombre, en la catequesis, hay que remitirle siempre a estos hechos de Dios en la historia, porque en ellos conocemos a Dios y a partir de ellos podemos responder con la fe.

2. ¿Cómo hay que referir esta historia de la salvación en la catequesis?

2.1. En su unidad y totalidad: Solo considerada en su conjunto y en su unidad la obra de Dios adquiere inteligencia.

2.2. La obra de Dios hay que referirla siempre a su fin y centro: la persona de Cristo. Solo él da unidad y orden al conjunto de la Historia de la Salvación y de las Escrituras. Si se pierde esta clave, si se pierde la lectura cristocéntrica de la Escritura, se desdibuja el rostro que Dios ha revelado de sí mismo, y la Escritura se convierte en un puzle indescifrable.

³ SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 453

2.3. Esa historia abarca el tiempo presente de la Iglesia, que es también tiempo de Cristo, vivo y presente en ella y en sus sacramentos. Por la Iglesia, Cristo sigue presente y actuante en el mundo de forma objetiva.

Por ese motivo el *Catecismo* dice que Cristo es «el centro de la catequesis»⁴. La referencia a él no es la referencia solo a un modelo moral o a un maestro que nos ha enseñado la doctrina verdadera sobre Dios o sobre el hombre, sino la referencia a alguien vivo y presente. Solo si está presente, si podemos encontrarnos realmente con él, puede ser el centro de la catequesis. Ahora, ¿dónde nos encontramos con él de forma objetiva? En su Cuerpo, que es la Iglesia, y en sus sacramentos.

3. ¿Cómo debemos narrar la historia de la salvación?

Por un lado, hay que escoger los grandes núcleos, donde se contemplan las mayores maravillas obradas por Dios, que se escuchan con más agrado, sencillamente porque expresan con más fuerza el amor de Dios por el hombre y se graban así también más fácilmente en el corazón.

Estos acontecimientos centrales hay que exponerlos con detenimiento y desentrañar su significado, mientras que el resto basta compendiarlo en una exposición general.

4. El fin al que debemos tender: el amor *de* Dios y el amor *a* Dios (el principio sintético de la catequesis agustiniana).

Si leemos la Historia de la Salvación en su unidad y en su centralidad, la de Cristo, entonces, cada detalle, tanto del Antiguo Testamento como de la vida presente de la Iglesia, habla de manera elocuente del amor de Dios por el hombre y llama al hombre al amor a Dios. Cuanto nosotros digamos en la catequesis debe conducir a este fin doble:

- mostrar cómo Dios en un acto libre, en un acto de su libertad, ama y se ofrece al hombre;
- y mover la libertad del hombre para que responda a este amor de Dios.

Todo conduce a Cristo. En él brilla el amor de Dios y, justamente así, él es la gran llamada al amor a Dios. Él, vivo y presente, es el centro y el fin de la catequesis.

⁴ Cf. CCE 425 – 427.

Tercera Clase (Números 5 y 6 de *La Catequesis de los Principiantes*).

Si hay algo que muestra el verdadero rostro de Dios y su amor al hombre y es capaz de enseñar al hombre el precepto del amor, eso es la persona de Cristo en su venida.

Al morir por nosotros, al amarnos primero y hacerlo hasta el extremo de dar su vida por nosotros, nos hizo más fácil amarle a él. ¿Cómo?

1º. Adelantándose en el amor: «No hay ninguna invitación al amor mayor que adelantarse en ese mismo amor; y excesivamente duro es el corazón que, si antes no quería ofrecer su amor, no quiera luego corresponder al amor»⁵.

2º. Envolviendo nuestra miseria con su misericordia: el amor «es tanto más grato, cuanto menos se agosta por la sequedad de la indigencia, y más profusamente fluye de la benevolencia»⁶.

3º. Amándonos y mostrándonos su amor con la mayor humildad. Y con esa humildad cura nuestra soberbia: «Gran miseria es, en efecto, el hombre soberbio, pero más grande misericordia es un Dios humilde»⁷.

Por tanto —viene como a concluir este punto S. Agustín—:

«Teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto digas, narra todo lo que tengas que narrar de tal forma que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame»⁸.

Y terminamos diciendo que al describir así el método con el que Cristo ha mostrado su amor, san Agustín nos enseña el método con el que un servidor del Evangelio ha de cumplir su servicio:

1. No debemos esperar que nuestros niños, jóvenes o adultos nos muestren una gran estima para amarles. Debemos adelantarnos nosotros en el amor.
2. Y debemos hacerlo envolviendo sus miserias, sus pobrezas, sus debilidades, y hasta sus rechazos, con nuestra misericordia —que por cierto no está reñida con la verdad ni con la firmeza—.
3. Y debemos mostrarles esto con humildad, no como señores, sino como sus siervos.

⁵ S. AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*, 457

⁶ *Ibid.*, 458

⁷ *Ibid.*, 460

⁸ *Ibid.*, 460

II. DISPOSICIONES DEL CATEQUIZANDO

Para llevar a los hombres a comprender el amor de Dios y suscitar en ellos el amor a Dios, debemos contar con las disposiciones de los que se acercan a la catequesis. San Agustín va a dedicar algunos números (9-13) a hablar de las diversas disposiciones de los que acceden a la catequesis y cómo debemos afrontar esas diversas disposiciones de ánimo:

1. Los que se acercan a la catequesis con temor a la severidad de Dios.

En primer lugar, «**muy raras veces, por no decir nunca, sucede que el que se presenta para hacerse cristiano no esté movido por un cierto temor de Dios**»⁹. El temor a la severidad de Dios sacude el corazón de los hombres. A partir de este temor bien podemos, según san Agustín, mostrar el verdadero amor de Dios y llevar al amor a él, edificando así la caridad.

Pero nosotros, en 2015, podemos preguntarnos, en primer lugar, si este temor a la severidad de Dios, es común hoy entre las personas que pueden escuchar el primer anuncio del Evangelio o que empiezan la catequesis. Creo que, en principio, esto no sucede hoy. Difícilmente encontraremos en estos tiempos un hombre que crea temer a Dios, al menos no en el transcurso ordinario de su vida. Si entablamos conversación con cualquiera de los que esporádicamente se acercan por la parroquia, o si una conversación nos conduce casualmente a charlar sobre Dios, difícilmente encontraremos a algún joven o adulto que crea temer a Dios.

Aunque en el fondo, las cosas no son como se manifiestan en una conversación normal, ni como se piensan en un momento desenfadado. Digo esto porque, cuando el hombre siente la cercanía de la muerte, normalmente sí experimenta una mezcla de miedos, entre los cuales está el del juicio de Dios. Sucede esto incluso entre los que han vivido afirmando la no existencia de Dios, o entre los que se han olvidado de que entre los atributos de Dios está, sin ninguna duda, la justicia. También ellos, si tienen que enfrentarse a la muerte, de repente ven aflorar desde sus entrañas un irreprimible miedo, mezcla de muchas cosas que incluye el temor a la severidad o al juicio de Dios.

Y sobre todo, los hombres de hoy viven con un miedo atroz a los falsos dioses, que son para ellos los únicos dioses reales. Para ellos, el Dios verdadero

⁹ S. AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*, 461

no pasa de ser una idea, un concepto, que puede ser objeto de una conversación. Podrán afirmar o negar su existencia de Dios, pero en el fondo da igual, porque es solo una idea, inoperante, sin importancia real. No es para ellos lo que la Biblia llama «el Dios vivo».

Pero si vamos a aquellas cosas que sí son reales para ellos y en las que ponen su confianza, a las que hacen tender su corazón, a aquellas cosas o personas de las que han hecho sus dioses, aunque no las llamen así ni se den cuenta de ello, si nos dirigimos a esas cosas, veremos que sí existe el miedo. El hombre de hoy vive, en realidad, con bastantes miedos. Por ejemplo, vive con el miedo a que no lo amen, o a perder el amor que tiene; a no gozar de la vida y de sus placeres o a perder lo que le da ese gozo; con el miedo a no llegar a ser «alguien» o a perder influencia y prestigio; con el miedo de ser pobre o de perder las riquezas. Este miedo es muy, muy real y muy, muy cotidiano.

Por ejemplo, ¿cuántas cosas hace una jovencita hoy, cosas que no querría y que le pesarán toda la vida, por conservar cerca al chico, que ella sabe que la usa? ¡Cuántas humillaciones de todo tipo! Incluso la imposición de abortar, si llega el caso.

Otro ejemplo. En los trabajos y para mantener el estatus económico o sencillamente para sobrevivir, ¿cuántas cosas inmorales hace mucha gente, cosas que no querría hacer y que le pesarán toda la vida? ¿Cuántas veces por este miedo ante el dios del dinero, a perder un trabajo que le garantiza este dios, una mujer sacrifica la maternidad o un padre sacrifica la atención a su esposa o de sus hijos?

Es decir: el miedo a la severidad de Dios no es hoy una cosa común, pero aparece súbitamente cuando uno vislumbra la cercanía de la muerte. Y sobre todo hay un miedo cotidiano, realmente presente, a la severidad y la crueldad de los dioses que, siendo falsos dioses, imponen una esclavitud muy real entre nosotros.

San Agustín dice que el hombre que vive en el temor puede acoger con verdadera alegría la noticia de que, en realidad, es amado por el Dios verdadero y que así puede atreverse a corresponder con amor: **«La caridad se puede edificar partiendo de la misma severidad de Dios, que sacude con terror salubérrimo los corazones de los hombres, de forma que el hombre, que se alegra de ser amado por aquel a quien teme, se atreva a corresponder a su amor»¹⁰.**

¹⁰ *Ibid.*, 461

Si llevamos esto a nuestra época podemos también nosotros mostrar la belleza de un amor gratuito y estable, que no exige de nosotros sacrificios cruentos e inhumanos y que, por el contrario, nos ofrece la seguridad de un amor fiel, un amor que no retrocede, que no se echa para atrás, ante nuestras miserias, sino que, al contrario, como muestra en su encarnación, envuelve nuestras miserias con su misericordia y lo hace con humildad. El contraste entre la crueldad de los dioses a los que se sirve en la vida moderna y el amor del Dios verdadero, puede abrir el corazón de muchos de los que se acercan hasta nosotros. Partiendo de la consideración de este temor que imponen los ídolos, por contraste, podemos mostrar y hacer valorar el amor del Dios verdadero.

2. Los que vienen sin ninguna intención de ser realmente cristianos, solo de simularlo.

San Agustín se plantea también otra circunstancia de los que se acercan a la catequesis: el hecho de que en realidad no tengan ninguna intención de ser cristianos. Como aclaración hay que decir que en tiempo de san Agustín algunos se hacían cristianos para progresar profesionalmente. Aunque más que hacerse cristianos lo que hacían era empezar el catecumenado, una vez que eran inscritos oficialmente como catecúmenos, tenidos ya como cristianos, muchos se olvidaban del asunto hasta que se veían viejos y el temor a la severidad de Dios les hacía retomar el camino hasta el Bautismo. Lo cierto e importante es que en tiempos de san Agustín, algunos se acercaban a la catequesis sin verdaderos deseos de ser cristianos:

«Si quiere hacerse cristiano porque espera lograr algún beneficio humano de parte de personas, a las que, de otra manera, no podría agradar, o para evitar la enemistad de otros cuya hostilidad y malos tratos teme, ese tal no quiere ser cristiano realmente, sino simularlo. Sabemos que la fe no es cosa del cuerpo que se inclina, sino del alma creyente»¹¹.

No sirve de nada la simulación, ni el temor servil, la fe es un acto humano libre o no es fe. Entonces, ¿qué hacer con estos que vienen sin verdadero deseo de ser cristianos?

En nuestros días nadie se hace cristiano para agradar a un jefe o para no perder un puesto de trabajo. Yo al menos no conozco caso alguno. Pero todos estamos hartos de ver gente que, por otros motivos, viene sin ningún deseo de

¹¹ *Ibid.*, 461

ser cristiano, muchos por mera costumbre, o por la solemnidad de la ceremonia, por agradar a la abuela, por superstición...

Ante esta situación, ¿qué dice san Agustín? Dos cosas: la primera: **«Con todo, casi siempre interviene la misericordia de Dios, por medio del ministerio del catequista, de modo que aquel hombre, conmovido por el discurso, desee de verdad hacerse lo que antes pensaba simular»**¹².

No debemos desesperar de la situación ni de la intención con que llegan a nosotros niños o mayores. Y de nada sirve advertirles sobre este punto con una charla del tipo: «A la comunión no se viene por el vestido y los regalos». Ese llamamiento no cambiará su corazón, porque no les ofrece ningún principio nuevo y real sobre el que apoyarlo. O aquel otro discurso similar: «El bautismo de un hijo es una cosa muy seria y uno debe saber que se compromete a educar a su hijo en la fe de la Iglesia». Aunque esas palabras contengan ideas verdaderas, no sirven de nada, porque no ofrecen a las personas, niño o mayores, nada sobre lo que construir. El niño pondrá cara de bueno y dirá «es verdad», pero el día de su comunión estará pendiente del regalo. El padre escuchará en el Bautismo de su hijo: «¿Crees en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, el perdón de los pecados...?» Y, sin saber realmente a qué cosas se refieren esas palabras, tranquilamente dirá: «Sí, creo».

Ese tipo de discursos moralizantes no sirven de nada. ¿Qué hacer? Ofrecerles la única verdad que puede darles una nueva luz y fundamentar una nueva vida y así una nueva moralidad: hablarles, conforme a las posibilidades que tengamos, del Dios verdadero y de su amor para suscitar en ellos el deseo de saber más de ese amor y de querer amarlo.

El corazón del hombre está hecho para este amor. Siempre lo podrá rechazar y es posible que muchos lo hagan, pero san Agustín no pierde la esperanza y tampoco nosotros debemos perderla: **«Con todo, casi siempre interviene la misericordia de Dios, por medio del ministerio del catequista, de modo que aquel hombre, conmovido por el discurso, desee de verdad hacerse lo que antes pensaba simular»**

La segunda cosa que nos plantea san Agustín a propósito de estos que pueden venir sin deseos sinceros de ser cristianos es que nosotros no podemos saber casi nunca a ciencia cierta quién está con una sincera disposición y quién no. Y que, por lo tanto, lo que debemos hacer es actuar como si en realidad no tuviese la buena disposición que nosotros deseáramos y hablarle como si

¹² *Ibid.*, 461

tuviésemos que provocar en él esta buena disposición, el deseo sincero de amar a Dios y ser cristiano:

«Nosotros, ciertamente, desconocemos el momento en que un hombre, que está presente ante nosotros, ha venido en realidad [desconocemos el momento por el que pasa su ánimo]; por eso debemos obrar con él de modo que llegue a esa decisión, si es que no la tiene ya. Porque, si ya está decidido, nada se pierde, pues nuestro modo de proceder le anima, aunque no sepamos en qué momento o en qué circunstancia se ha producido su decisión».

Con esto san Agustín nos enseña una cosa muy importante sobre la catequesis de iniciación, sea de niños, de jóvenes o de adultos: no dar por supuesto que realmente conozcan quién es Dios y su amor, quién es Cristo, y cómo él está vivo y presente. Con otras palabras: es necesario no dar por supuesto ni el verdadero interés por el Evangelio, ni la fe inicial propia de los catecúmenos, ni tampoco la fe propia de los fieles. Nada de esto hay que dar por supuesto. Cuando uno ya está puesto a la tarea en la catequesis de iniciación, sea de niños o de mayores, no hay que dar nunca por supuesta la fe inicial. Dice el *Directorio General para la Catequesis*:

Frecuentemente, las personas que acceden a la catequesis necesitan, de hecho, una verdadera conversión. Por eso, la Iglesia desea que, ordinariamente, una primera etapa del proceso catequizador esté dedicada a asegurar la conversión [...] Solo a partir de la conversión, y contando con la actitud interior de «el que crea», la catequesis propiamente dicha podrá desarrollar su tarea específica de educación de la fe¹³.

Olvidar este principio es un verdadero peligro para la catequesis, sobre todo cuando estamos forzados a cumplir un calendario y un temario. Nada hay peor para la catequesis que, por cumplir un temario, olvidarse de volver constantemente al principio de donde surge la primera adhesión a Cristo y donde se fundamenta toda la instrucción posterior. Y ¿en qué consiste y de dónde surge la fe inicial? La fe inicial consiste en acoger como verdadero el rostro de Dios que nos revela Cristo y en acoger el amor de Dios que Cristo resucitado nos ofrece en la Cruz. La fe inicial es la respuesta a ese amor y consiste fundamentalmente en el deseo, puede que pequeño y débil pero sincero, de

¹³ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis* (DGC) 62 (Roma, 1972)

acogerlo y de responder a él. Sobre este movimiento de respuesta al amor de Dios, vivo y presente, sobre esta fe inicial, se fundamenta toda la instrucción de la catequesis. Enseñarle, por ejemplo, a un niño las condiciones de la confesión sacramental, cosa del todo necesaria, será inútil si no tiene deseo de ser perdonado y si no tiene deseo de no pecar por amor a aquel que le perdona. Y eso se alimenta a partir de la fe inicial, es decir, a partir de la percepción de que él mismo es amado con un amor grande en la cruz de Cristo. Por eso, en la catequesis, como en toda la vida cristiana, es necesario volver constantemente a este centro, para que la instrucción no sea una cosa de meras ideas, sino la posibilidad de hacer nuestro el amor de Dios que nos ha fascinado y la posibilidad de responder a él.

Os pongo otro ejemplo para que me entendáis. ¿Sirve de algo enseñarle al niño las respuestas y las posturas de la misa, si con nuestras explicaciones se le olvida que Aquel que se hace allí presente es el mismo Cristo, en el acto supremo de amor por él en la cruz y en la resurrección? Por el contrario, si esto lo recordamos una vez tras otra, ponerse de rodillas será algo más que obedecer una norma litúrgica, será un acto de reconocimiento de lo que ocurre delante de él, un gesto que le ayude a hacer un acto de fe verdadero: que le ayude a acoger el milagro del amor de Dios y a responder a él.

Esto es lo básico que nunca debemos dar por supuesto, sino que debemos siempre provocar y refrescar. Y esto vale para todos: para niños y para adultos. Es fundamental para la catequesis de iniciación, pero es también necesario para afrontar el noviazgo cristiano y el matrimonio o la formación del seminario y la Ordenación. Este es el corazón de la fe, si él no bombea todo se oscurece.

Mirad aquí la sabiduría y la caridad que guían el consejo de san Agustín:

«Ciertamente es útil, siempre que sea posible, que nos enteremos a tiempo de parte de los que le han conocido acerca de su estado de ánimo y de los motivos que le han empujado a abrazar nuestra religión. Si no hubiera ninguno que pudiera informarnos de esto, debemos preguntárselo a él mismo directamente, para comenzar nuestra instrucción de acuerdo con lo que él responda. Si se acercó con fingidas intenciones, buscando ventajas o evitando incomodidades, seguirá mintiendo, con seguridad. Aún así, podemos comenzar nuestra explicación partiendo de su misma respuesta mentirosa, pero no para refutar sus mentiras, como si nos hubiéramos dado cuenta de ellas, sino para que suponiendo que ha venido con buenas intenciones —lo

cual siempre acepta, sea o no verdad— y alabando sus palabras, consigamos que se quiera ser tal cual intenta aparentar ante nosotros»¹⁴.

3. Los que de forma abierta nos dicen que no tienen ningún interés en escuchar lo que podamos decirles.

Vayamos a un tercer caso: ¿cómo empezar la catequesis con alguien que de forma directa nos dice que le da lo mismo lo que le digamos, que en realidad no le interesa, que está allí por otros motivos que nada tienen que ver con la fe? Esto pasa a veces con los niños y muchas veces pasa con los que vienen a bautizar a sus hijos o con los que vienen a casarse. ¿Cómo actuar entonces? ¿Por dónde empezar? La respuesta que da aquí san Agustín es breve. Dice:

«Reprendiéndolo con mucha dulzura y suavidad, como a ignorante y rudo que es [es decir, dándonos cuenta de que no sabe lo que dice] y mostrándole el verdadero fin de la doctrina cristiana, y esto brevemente y con seriedad, para no robar tiempo de la narración que debe seguir y para evitar imponerle cosas para las que aún no está preparado, hay que obrar de modo que desee lo que aún no quiere por error o por falsedad»¹⁵.

En estas palabras de san Agustín podemos distinguir, ante todo, lo que debemos buscar: **«que desee lo que aún no quiere por error o por falsedad»**. Como se ve, san Agustín no pierde la esperanza ni con aquellos que más abiertamente se manifiestan contrarios a lo que podamos decirles. Y para alcanzar este fin propone dos acciones que debemos llevar a cabo: «reprender con dulzura y suavidad» y «mostrarle el verdadero fin de la doctrina cristiana»; y además de esas dos acciones una consideración sobre cómo debemos mirar a estas personas: darnos cuenta de que es «un ignorante y rudo», es decir, darnos cuenta de que no sabe lo que dice y lo que hace al rechazar la doctrina cristiana.

3.1. Analicemos primero nuestro juicio interior, cómo debemos mirar a estas personas.

Yo creo que en este caso debemos superar dos tentaciones: la primera tentación es mandar a tomar viento fresco, aunque sea de forma educada, a quien tenemos delante. La segunda tentación que debemos superar en este caso es la de pensar: diré lo mínimo para «cumplir el expediente» y que se vayan de aquí

¹⁴ *Ibid.*, 462

¹⁵ *Ibid.*, 462-463

cuanto antes. Esta es nuestra lógica. Si no quiere escuchar, que se vaya. Y si me veo forzado a aguantar delante un tipo así, despachemos el asunto cuanto antes y quitémonoslo de encima.

San Agustín, sin embargo, parte de una consideración que nos pone en la lógica de Dios, diversa de la nuestra: en primer lugar, juzgar que realmente no sabe lo que dice y, por lo tanto, no darnos por ofendidos. Esta consideración está en relación con lo que hemos aprendido de nuestro Maestro, que en la Cruz dice a su Padre: «**Perdónales, porque no saben lo que hacen**». Y entre ellos estábamos también nosotros.

¡Cuántas veces debemos superar estas dos tentaciones de mandar a tomar viento fresco a algunos o de dejarnos llevar por el desánimo y hacer las cosas por cumplir el expediente y quitarnos a estas personas de en medio! ¡Cuántas veces tenemos que respirar hondo y empezar a elaborar nuestro discurso sin ira, sin resentimiento, sin un juicio condenatorio, recordando que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad! ¡Cuántas veces tenemos que superar el desánimo inicial y pensar que Dios puede tocar el corazón de aquellos hombres, que a nosotros nos parecen de corcho, sin sangre en las venas!

La consideración a la que nos invita san Agustín, darnos cuenta de que no son más que hombres que no saben lo que hacen, cambia la forma de mirar a quien seguramente nos ha ofendido o irritado con su actitud descarada o desconsiderada.

3.2. Si conseguimos esta nueva mirada sobre los que tenemos delante, hemos dado un gran paso por nuestra parte. A partir de aquí serán posibles las otras dos acciones que nos propone san Agustín: la primera, reprender con suavidad y mucha dulzura; la segunda, mostrar el verdadero fin de la doctrina cristiana. En realidad, ambas acciones van juntas. Porque la reprensión suave y dulce no es subrayar lo injusto o lo inmoral que es que no quiera escucharnos, sino hacerle ver la belleza, la importancia, la bondad de Dios. Así que, más que cargar las tintas sobre la mala actitud que demuestra, hay que esforzarse por mostrar lo justo y bello de la doctrina cristiana, para que aquello que dice abiertamente que no le interesa nada, pueda llegar a interesarle.

Con respecto a la reprensión dulce y suave, me parece a mí que hay dos cosas que no sirven de nada, sobre todo con los jóvenes y los adultos que están en esta posición que trata aquí san Agustín: la primera cosa que no sirve de nada es cargar la mano con un discurso del tipo: «Pues debería importante, porque

«tienes que ser agradecido con aquel que tanto te ha dado». La otra cosa que me parece que tampoco sirve de nada es la de hacerles ver que nosotros creemos que son necios o ignorantes, al no darse cuenta de la importancia de lo que tenemos que decirles. Si sienten que los tenemos bien por inmorales, bien por necios, no conseguiremos sino que se cierren aún más a todo lo que podamos decirles. En definitiva, no se trata de decirles que deberían interesarse por Dios, sino mostrarles aquellas obras de Dios que son más elocuentes y que por sí solas hacen que el hombre se dé cuenta de cuánto necesitamos a Dios y cuánto es digno de ser amado por nosotros.

Por lo tanto, hemos de hacer un acto de fe en la bondad de la creación de Dios, del que tenemos delante, por tanto. Hemos de hacer un acto de fe en el poder que tiene Dios para acreditar interiormente con la fuerza del Espíritu Santo la palabra de sus discípulos. Y así, intentar mostrar la grandeza y la belleza del amor de Dios, para dar la oportunidad de que alguno de esos, que decían abiertamente que no les interesaba nada lo que pudiésemos decirles, lleguen a comprender que en realidad su vida está concernida por el amor de Dios.

3.3. Pero también advierte san Agustín que debemos ser prudentes en este discurso, para intentar ser eficaces. Si alguien se manifiesta abiertamente desinteresado en lo que le podamos decir, no conviene alargar las explicaciones: seamos breves y serios en la exposición de la verdad de la fe. Por eso dice san Agustín, y así zanja este asunto: Debemos **«evitar imponerle cosas para las que aún no está preparado. Por el contrario, debemos obrar de modo que desee lo que aún no desea por error»**¹⁶.

4. El que cree haber tenido un aviso directo de Dios para hacerse cristiano.

En el número 10, san Agustín nos propone un cuarto caso: el de quien se acerca a la catequesis y manifiesta que quiere ser cristiano porque ha sido advertido por Dios mismo. ¿Cómo afrontar el inicio de la instrucción entonces? Por lo que dice Agustín no hemos de entrar a valorar si el pretendido aviso de Dios es realmente de Dios o no. Lo que debemos hacer es servirnos de él y mostrar el gran cuidado que muestra Dios para con los hombres, es decir, que no se despreocupa de nosotros y de nuestro fin, sino que nos vela y, de una forma u otra, nos corrige y nos llama al camino de la vida.

¹⁶ *Ibid.*, 462-463

Pero enseguida hay que hacer que deje el terreno inseguro de las visiones o avisos particulares, para llevarle al terreno seguro de la revelación pública de Dios, al terreno firme de las Sagradas Escrituras. Allí encontrará los verdaderos avisos de Dios y las verdaderas indicaciones del camino que lleva a la vida. Y las encontrará no en la oscuridad o mientras duerme, sino cuando está despierto. Así podrá recorrer el camino de la vida no con sobresaltos, sino con tranquilidad.

Le indicaremos así que, con las Sagradas Escrituras como camino seguro, ha de acostumbrarse no a buscar y a esperar sucesos prodigiosos, milagros o revelaciones espectaculares, sino acostumbrarse a poner su esperanza en las cosas invisibles.

San Agustín indica que será necesario entonces mostrar a estos hombres que normalmente vienen asustados por la creencia en supersticiones, que Dios creó todo bueno, y que no hay por qué desconfiar de las cosas creadas. La fe en la creación es la fe de que solo existe un Dios, no dos dioses, uno bueno y otro malo. La fe en la creación es la fe en que todo lo creado es en sí mismo bueno y que podemos hacer uso de todo con tranquilidad, si nuestro uso es honrado, sin miedo a que las cosas creadas nos vayan a contaminar con una especie de mal. Solo hay un Dios, que hizo todas las cosas buenas y para provecho del hombre. Después hay que continuar narrándoles la historia de la salvación **«refiriendo todo a aquel fin del amor, del que no debe apartarse un momento la intención del que habla ni del que escucha»**¹⁷. Así, atendiendo a la psicología enfermiza y supersticiosa que a veces traen estos hombres, debemos explicar cómo todo en esta creación y en esta historia viene del amor de Dios y nos lleva a él. De esta forma, explicando esta causa y este fin del amor de Dios, **«debemos estar en guardia para que todo aquello que exponemos [...] no sea aceptado por unos motivos frívolos o por una malsana ansiedad»**¹⁸.

5. Cuando vienen a la catequesis hombres verdadera y profundamente cultos y cuando vienen hombres acostumbrados al arte de la oratoria.

En los números 12 y 13 san Agustín afronta con gran perspicacia cómo se debe tratar en la catequesis a dos grupos que él distingue bien: a los hombres que son verdaderamente cultos, es decir, que están instruidos en la verdad de las cosas y que, cuando se acercan a nosotros, seguramente hayan ya investigado la verdad de la doctrina cristiana. Y luego, aquellos hombres, cultos también, pero

¹⁷ *Ibid.*, 446

¹⁸ *Ibid.*, 446

diversos de los anteriores: los que se complacen más en la belleza de las palabras y de las expresiones que en la verdad.

Lo cierto es que estos dos números merecerían un estudio pormenorizado, porque el propio Agustín cuando pidió el Bautismo formaba parte de ambos grupos: por una parte había estudiado e investigado sobre la verdad; por otro lado, su oficio, según dice él mismo en las *Confesiones*, era enseñar el arte de la palabra no para mostrar la verdad, sino para seducir y, las más de las veces, engañar.

El tiempo no nos permite pararnos a desentrañar bien estos dos puntos, pero os leo unas palabras que seguro os incitan a leerlo entero por vuestra cuenta. Se trata de un consejo sobre la instrucción de estos hombres amantes de la retórica, del hablar elegantemente: **«a estos les es utilísimo saber que los conceptos deben ser preferidos a las palabras, como el alma al cuerpo [...] los discursos verdaderos a los bien elaborados [...] los amigos prudentes a los hermosos. Deberán saber también que no hay otra voz para los oídos de Dios que el afecto del corazón, para que no desprecien a los cristianos, incluso obispos, que no se expresan como conviene. En la Iglesia lo que cuenta es la plegaria del corazón, como en el foro cuenta la elegancia de las palabras»**¹⁹.

6. Algunos otros consejos que valen para la instrucción de todos.

No hemos saltado hoy el número 11, donde san Agustín da algunos consejos sobre el contenido final que debe tener la catequesis, una vez que se ha terminado de narrar la historia de la Salvación. Responde así a una de las preguntas hechas por Deogracias: si debía añadir a la narración alguna exhortación o la explicación de los preceptos cristianos.

La respuesta que da aquí Agustín es afirmativa, pero esto lo dejaremos para el próximo encuentro.

P. Enrique Santayana C.O.

¹⁹ *Ibid.*, 471-472